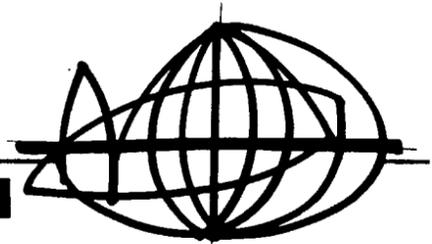


SUCEDER QUE...



La capitulación de Checoslovaquia, esperada y temida desde hace semanas; los sangrientos sucesos de Méjico, en los que han culminado más de dos meses de agitación estudiantil, y el golpe de Estado militar en el Perú que ha derribado al Presidente Belaunde Terry, cuando le quedaban poco menos que diez meses de mandato, son quizá los acontecimientos más destacados de los últimos ocho días en el terreno internacional. Evidentemente, no han sido los únicos. Difícilmente se podría afirmar semejante cosa de una semana que ha visto el principio de ruptura del candidato demócrata Hubert Humphrey con el Presidente Lyndon Johnson, la inesperadamente agitada reunión de la Junta de gobernadores del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional y el Congreso del partido laborista británico. Pero el criterio selectivo que se impone en un comentario nos inclina a centrar nuestra atención en los tres mencionados. Sucesos que pueden significar el principio de un época agitada para Hispanoamérica y que, ciertamente, marcan el punto final de lo que se ha venido llamando «la primavera de Praga».

UN HOMBRE LLAMADO HAYA DE LA TORRE

Fernando Belaunde Terry, arquitecto de profesión y político por temperamento, fue elegido Presidente del Perú, para un período de seis años, el 9 de junio de 1963, después de haber fracasado su candidatura en las elecciones celebradas siete años antes. Su llegada al poder coincidió con una época difícil. En primer lugar, tenía que recoger la peligrosa herencia del gobierno militar constituido después de la anulación de las elecciones del año anterior. Por otra parte, debía poner en práctica su programa reformista, procurando no agitar innecesariamente a los elementos más conservadores del país ni a las fuerzas armadas, de las que en definitiva dependía —bien se ha visto ahora— su permanencia en el palacio presidencial de Lima. Como suele ocurrir en estos casos, Belaunde ha obtenido éxitos y fracasos en los cinco años que ha permanecido al frente del país. Los militares parecen creer que los segundos han superado con mucho a los primeros. Esta es, por lo menos, la justificación oficial del golpe de Estado del pasado viernes.

«Caos económico, inmoralidad administrativa, improvisación, entreguismo respecto de las fuentes naturales de riqueza y su explotación en beneficio de grupos privilegiados, pérdida del principio de autoridad e incapacidad para realizar las urgentes reformas estructurales que reclama el bienestar del pueblo peruano y el desarrollo del país». Estas son, según el nuevo Gobierno militar presidido por el general Juan Velasco Alvarado, las causas que han inducido al Ejército a interrumpir la normalidad constitucional por tercera vez en veinte años y a asumir el poder, después de haber desplazado al Presidente designado por elección popular. Los anteriores golpes se produjeron en octubre de 1948, cuando el general Manuel Odría derribó al Presidente José Luis Bustamante Rivero —actualmente presidente del Tri-

bunal Internacional de Justicia—, y en julio de 1962, al derribar el Ejército, al mando del general Ricardo Pérez Godoy, al Presidente Manuel Prado Ugarteche, a quien faltaban pocos días para terminar su segundo período presidencial. Unas semanas antes, en las elecciones para sustituirle, Víctor Haya de la Torre, candidato del partido APRA, había recibido más votos que cualquiera de sus contrincantes. Sin embargo, a falta de haber obtenido la mayoría absoluta, la elección debía ser decidida por el Congreso.

Sin negar la parte que pueden haber tenido los fallos de su administración en la caída del Presidente Belaunde —especial importancia se ha dado a sus contactos con grupos petrolíferos extranjeros para la explotación de los yacimientos peruanos—, lo más probable es que la verdadera explicación de lo ocurrido en Lima, en la madrugada del viernes pasado, haya que buscarla en ese hombre relativamente favorecido hace seis años por los votos de sus conciudadanos, el hombre que proyectaba presentarse de nuevo a las elecciones el año próximo, un hombre, en suma, llamado Víctor Ruiz Haya de la Torre.

Es bien sabido que el Ejército peruano se opone con todas sus fuerzas a que Haya de la Torre se sienta en el sillón presidencial. Hace más de treinta y cuatro años que dura esta situación que falsea toda la política peruana. El Ejército parece dispuesto a todo para impedir que su gran enemigo pueda gobernar. Con lo que quizá está haciendo un daño irreparable a su país. Pero no debemos entrar en el terreno de las hipótesis.

El principio de la aversión de las fuerzas armadas hacia Haya de la Torre puede fijarse en una fecha concreta, se trata del 7 de julio de 1932, cuando durante un movimiento insurreccional en la ciudad de Trujillo, las masas apristas, que no pudieron ser contenidas por sus dirigentes, asesinaron a buena parte de los oficiales de la guarnición. «Las bayonetas deben quedar enrojecidas con la sangre de los apristas», dicen que dijo el coronel Sánchez Cerro, Presidente en aquella fecha, al conocer los sucesos. Y una terrible matanza de apristas en las ruinas de Chinchón, que siguió a los tristes sucesos de Trujillo, podría haber saldado la sangrienta cuenta. Sin embargo, no fue así. De una u otra forma, los militares han impedido el acceso de Haya de la Torre al poder en 1936, 1948 y 1962, y, probablemente, en 1969.

Y, sin embargo, Haya de la Torre ya no es el ardiente y romántico jefe revolucionario de los años veinte —la Alianza Popular Revolucionaria Americana fue fundada en Méjico, en 1942, durante uno de los exilios de Haya de la Torre— ni el peligroso doctrinario marxista que pretendían sus enemigos. El APRA fue en un principio un movimiento revolucionario, indigenista y continental. Su fundador y sus colaboradores coquetearon con el marxismo, como muchos de los revolucionarios de aquellos años. Y, con ellos —el venezolano Rómulo Betancourt nos presenta otro ejemplo característico—, la edad y la cercanía del poder han ido mitigando sus primitivos ardores. Hoy el APRA, especialmente después de su colaboración parlamentaria en los cinco



Los nietos de Zapata —con uniforme o sin él— se han exaltado.

últimos años con la Unión Nacional Odrriista, de carácter conservador, no pasa de ser un partido reformista análogo a la Acción Democrática Venezolana o a los partidos de centro izquierda europeos, rebasado a su izquierda por grupos de carácter comunista o castri-

ta. Pero la vieja hostilidad del Ejército no ha desaparecido. El Presidente Belaunde ha afirmado que quería presidir las «elecciones más limpias de la historia del Perú». Pocas dudas pueden haber de que tales elecciones serían ganadas por el jefe del APRA. Para impedirlo por anticipado, los militares han terminado violentamente con la presidencia de Belaunde.

LOS NIETOS DE ZAPATA

¿Cuál es el número exacto de los muertos habidos en Méjico en la sangrienta noche del martes al miércoles de la semana pasada? ¿Veinticinco, treinta, cuarenta? ¿Fueron setenta, como llegó a afirmar una agencia, aunque la cifra no ha sido repetida después? Llega un momento en que, por trágico que parezca, resulta secundario conocer el número exacto de víctimas. Políticamente, lo importante es que Méjico, uno de los países donde el «despegue» económico se había realizado con mayor rapidez y espectacularidad, donde un sistema original mantenía la paz política desde hace más de treinta años, se ha producido un estallido de violencia inesperado y que sus consecuencias, aparte de lo que puedan afectar a los próximos Juegos Olímpicos, pesarán, sin duda, fuertemente sobre el futuro del país.

Resulta ocioso a estas alturas hacer especulaciones sobre los objetivos de los dirigentes estudiantiles, cuya actitud ha provocado los sangrientos sucesos que comentamos. Como en el caso de sus congéneres europeos, lo único que se puede afirmar con seguridad es que los jóvenes mejicanos quieren un «cambio». Lo demás resulta tan confuso en la meseta del Anahuac como lo fue antes en el París de las jornadas de mayo y junio. ¿Existe, como afirma el Gobierno, algún impulso extremista —comunista, castrista— tras de las actividades estudiantiles? Es

muy probable. Pero, como en el citado ejemplo francés, la exclusiva intervención de la extrema izquierda no lo explica todo, ni mucho menos.

Méjico es un país de auténtica tradición revolucionaria. Las tradiciones populares, el folklore, la literatura y el cinematógrafo han popularizado hasta la saciedad los protagonistas y los episodios de la gran revolución. Los ecos de esta mitificación no se han detenido ante las fronteras de la antigua Nueva España. ¿Quién no ha oído hablar de Pancho Villa, de Emiliano

ro de este movimiento y la sociedad mejicana.

Una postura más abierta que la tradicional en las elecciones que deben celebrarse en 1970, podría resolver muchos problemas. Pero, ¿sabrá adoptarla el partido gubernamental? Y, ¿podrá esperar tantos meses la solución de los problemas pendientes?

LA DERROTA DEL «BRAVO SOLDADO SCHVEIK»

Esta vez Dubcek y sus compañeros parecen tener muy poco margen de maniobra. Los dirigentes soviéticos han asimilado la lección de lo ocurrido durante las últimas semanas y, en la última reunión de Moscú, han impuesto condiciones muy duras a los jefes del movimiento liberalizador de Checoslovaquia. La censura de los medios de información tendrá que ser ahora ejercida de forma implacable por elementos adictos a Moscú y los dirigentes del partido más dóciles a los dictados del Kremlin van a ocupar los puestos clave de la organización política. Al mismo tiempo, seguirán indefinidamente en Checoslovaquia las tropas de ocupación. Desenlace previsible, pero no por ello menos lamentable.

La esperanzadora «primavera de Praga» parece haber terminado definitivamente y Checoslovaquia se enfrenta con uno de los inviernos más glaciales de su historia contemporánea.

Los Svoboda, Cernik, Dubcek y Smrkovsky intentarán, sin duda, salvar lo posible de su programa político. Pero nadie puede asegurar que el «cuarteto patriótico» vaya a ocupar durante mucho tiempo los puestos de mando. Definitivamente, más de quince años después de la muerte del dictador georgiano, el stalinismo vuelve a estar a la orden del día en el imperio comunista.

Los checoslovacos han dado al mundo un espectacular ejemplo de lo que puede conseguir la resistencia pasiva. La invasión de su país por varios centenares de miles de soldados extranjeros no bastó para doblegar a este pueblo, cuya idiosincrasia está reflejada en el «bravo soldado Schweik», personaje de una de las más famosas obras literarias checas, que respondía con la resistencia pasiva a las órdenes de los oficiales austro-húngaros.

Por desgracia, el Moscú de Brezhnev no tiene nada en común con la Viena de los Habsburgo. Las brutales imposiciones del Kremlin han quebrantado por esta vez la voluntad de independencia de los checoslovacos. El «bravo soldado Schweik» ha sido derrotado, pero su espíritu no desaparecerá y hay que esperar que algún día acabará superando las dificultades presentes. Los checoslovacos están acostumbrados a la adversidad. Basta ojear su historia para convencerse de la extraordinaria capacidad de supervivencia que ha tenido siempre su espíritu nacional.

AGUSTIN GASSET



Belaunde cumplió sus promesas.

Zapata o de Venustiano Carranza? ¿Quién no conoce la «Adelita» o la «Cucaracha»? Como no podía menos que suceder, este mito revolucionario ha influido poderosamente en la mentalidad colectiva de los mejicanos actuales. Es característico que el partido gubernamental se llame «revolucionario institucional». Sin embargo, la realidad social dista mucho de ajustarse a la mitología oficial.

La gran revolución, iniciada en 1910 contra la dictadura de Porfirio Díaz, puede considerarse terminada en 1919, con el asesinato de Zapata en una emboscada. La muerte del gran caudillo agrarista del Sur —exclusivo, violento y sanguinario, sin duda, pero también sincero en sus ideas— terminó con el sueño revolucionario. Después se han producido agitaciones y pronunciamientos, pero el gran impulso de las masas campesinas que reclaman «tierra y libertad» quedó interrumpido.

¿Asistimos ahora a una resurrección del espíritu revolucionario después de casi dos generaciones de conformismo bajo la égida progresiva, pero políticamente un tanto aséptica, de los hijos más aventajados de la revolución? Esta parece la explicación más verosímil de los acontecimientos de Méjico. En unas circunstancias distintas de las de hace medio siglo, los nietos de Zapata no son ya guerrilleros rurales, sino universitarios influidos por doctrinas extremistas. De la actitud del Gobierno puede depender en buena parte el futu-

En Praga, como antes en Berlín y Budapest, los tanques soviéticos cumplieron su misión.

